

Toma, unas flores para ti

Antes de entrar en la casa, Mariano dejó las flores junto a la maceta del helecho. Después abrió la puerta, entró, saludó a su mujer y se sentó a la mesa con un vaso de vino.

El olor a tierra mojada se filtraba por Dios sabía qué rendijas de la casa. Mariano solía asegurarse de que todo estuviera bien cerrado. Las casas viejas siempre acaban teniendo achaques. Como las personas. Pues, con el tiempo, se vuelven seres vivientes. *Menos mal que está el brasero para calentarnos* —pensó.

—¡Mariano! —gritó ella— Lávate las manos y quítate la gorra ahora mismo.

Como si hubiera previsto esa reacción, Mariano calló e hizo lo que Teresa le había ordenado. Luego se volvió a sentar, entrecerró los

ojos e inspiró al aroma que emanaba de la comida.
Sonrió con agrado.

—Mira que te sale bien el rancho,
mujer.

—Si por ti fuera, comerías todos los
días lo mismo —contestó Teresa con un tono de
reproche.

Mariano movía la cuchara de arriba
abajo. Miraba de soslayo a una mosca que insistía
en posarse sobre su plato.

—Si fuera remilgoso no hubiera
sobrevivido a la guerra.

—Maldita guerra...

—Sí. Maldita..., aunque hubo algo
bueno —señaló Mariano.

Teresa se sorprendió. Después quiso
enfadarse.

—¿Algo bueno? No sé qué tuvo de bueno. Murió mucha gente. Familia, amigos... —
recriminó.

Mariano comía despacio,
saboreando tanto las costillas como la respuesta.

—Te conocí a ti.

Entonces se instaló un silencio tan sonoro que no hubiese podido rellenarse con ninguna palabra.

Mariano quiso recitar.

*Ya no se oirán las jotas que cantaban
nuestros padres,*

*con gran amor y nostalgia te llevo
siempre conmigo,*

*grabado en el pensamiento, y
aunque alejado de ti,*

olvidarte nunca puedo.

—¿Qué haces? —preguntó la mujer al mirarla él con una sonrisa socarrona.

Ella devolvió la mirada a Mariano y se sumergió en sus ojos grises. Vio sus manos, maltratadas por el aire. Por el sol y la tierra. Contempló su piel ajada. Cubierta de manchas. Parecía que su marido hubiera envejecido demasiado en poco tiempo.

—Déjate de patochadas. ¿Te has arreglado ya con el Chusé?

—No hay nada que arreglar. Si quiere vivir así, que lo haga. A mí me da igual —respondió enfurruñado.

—¿Igual? A ver, Mariano. Que es tu hijo. Si quiere irse a vivir con esa moza, que se vaya, ¡no son nuestros tiempos!

—Ya..., y como es el tiempo de ellos, pues hala, ahí están, encamaos —protestó mientras arrancaba un trozo de pan y se lo metía en la boca.

La mosca, envalentonada, seguía sobrevolando la charla. Como si deseara que su opinión también fuera tenida en cuenta. Ahora le daba por posarse en la cara de Mariano, que hacía aspavientos intentando asustarla.

—Encamaos... Eso es lo único que se te ocurre, ¿no puedes pensar que a lo mejor se quieren y desean estar ya el uno con el otro?

—¡Que esperen! —respondió con enfado.

—Ya. Como tuvimos que hacer tú y yo, ¿no te acuerdas, acaso, de que nosotros mismos estuvimos a punto de escaparnos?... Sólo por estar juntos.

La mosca se paseaba por la cara de Mariano. Después aterrizó en la mesa. Entonces

cogió la gorra y la golpeó con tal fuerza que derramó el vino. Le dio la vuelta y, a su pesar, el insecto había escapado para continuar explorando la cocina con jactancia.

—Mariano, el tiempo pasa rápido... Un día alguien que crees que vas a tener a tu lado para siempre... de pronto, no está. Ellos no deben perder el tiempo.

—Bueno, veo que no nos entendemos —contestó el marido mientras se ponía en pie—. Ya no llueve. Me voy.

—Llévate el paraguas, por si acaso... Qué bien huele... Como a flores —se interrumpió—. Me encanta cuando al aire trae esos olores a casa.

Mariano, dejó en el aire la observación de su mujer. Como si no hubiera dicho nada. Luego se levantó y agarró el paraguas. La mosca apareció de nuevo. La asustó y, en su revoloteo de huida, fue a caer en el brasero, donde

se consumió en segundos. Mariano sonrió, cerró la puerta, cogió las flores y comenzó a caminar.

Cada día recorría el mismo sendero. De casa al cementerio y del cementerio a casa. Pisando la tierra blanda se acercó a la verja de entrada al camposanto, corrió el cerrojo y caminó por las calles repletas de nichos y plantas mustias. Buscó entre los que habían fallecido hacía unos meses y llegó hasta una lápida. Entonces se agachó, retiró las flores marchitas que caían retorcidas desde el búcaro y las cambió por las que llevaba en la mano.

—Toma, Teresa, rosas amarillas. Las que más te gustan. Para que siempre sientas el olor del campo... Cada día que pasa me cuesta más imaginar que estás a mi lado. Que me preguntas. Que me reprochas y me cuidas. Tengo miedo de despertar una mañana y notar tu ausencia. De que en algún momento descubra que ya no estás.

Mariano, aún agachado, acercó su nariz a las flores. Después, apoyándose en la tierra con los nudillos, se puso en pie y dijo entre ayes:

—¡Ah!, y no te preocupes. Hablaré con el Chusé. Aunque, debes saberlo, me toca las narices.